

SOCIEDAD Y ESTRUCTURA URBANA EN EL MUNDO IBÉRICO

Manuel Bendala Galán

Puede empezarse este trabajo, obligadamente sintético y selectivo dada la amplitud del tema y su objetivo en el contexto de este Coloquio, con la solemne declaración de que uno de los logros decisivos de la investigación de las tres décadas últimas acerca de la Protohistoria hispana ha sido la constatación de la existencia de complejas estructuras urbanas o estatales en las sociedades ibéricas, y desde tiempos bastante antiguos. La plena conciencia de esa realidad, y su naturaleza específica en el mundo ibérico, no percibida hace no demasiados años, proporciona una plataforma decisiva a la hora de entender fenómenos o expresiones principales como los habitualmente atendidos en estos prestigiosos coloquios sobre las culturas paleohispánicas, fundamentalmente la lengua y la escritura, o las acuñaciones monetales, sus tipos y leyendas, entre otros tantos de la más alta significación.

Puede recordarse, como yo mismo he hecho en alguna ocasión anterior al tratar de esta cuestión (Bendala 1998), cómo todavía en los años setenta del pasado siglo, hace poco más de treinta años, un reconocido especialista, el Profesor Miguel Tarradell, a la hora de ponderar la existencia de ciudades entre los iberos, a la manera de las griegas o romanas y su nivel de Estado, llegaba a la conclusión de que “en nuestras civilizaciones indígenas no tuvimos nada semejante; en todo caso, lejanamente aproximado” (Tarradell 1976). Y esa era la impresión general, como algo antes expresaba en parecidos términos el Profesor Antonio Arribas, en su conocida síntesis sobre los iberos (Arribas 1965, 115-134), en la que también subrayaba el limitado conocimiento arqueológico que se tenía sobre la implantación territorial de los iberos, sobre sus núcleos de población, sobre todo lo que, en suma, permite determinar el nivel urbano que era o podía serle propio.

Los últimos decenios, en efecto, han traído consigo una profunda renovación de la Arqueología y, en general, de las ciencias de la Antigüedad, que ha tenido, entre sus muchas consecuencias, la obtención de un panorama de conocimientos muy renovado y ampliado en la parcela principal del urbanismo y la urbanística. Valga también, a este propósito, la referencia a un libro significativo de los conocimientos propios de su tiempo, *La urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo* de don Antonio

García y Bellido, en sus ediciones de 1966 y 1985, que presta atención a cuestiones propias del urbanismo hispano. La primera edición, avanzados los sesenta del pasado siglo, corresponde a un momento de despegue de la modernización epistemológica y metodológica de la Arqueología;¹ la segunda, de 1985, a una fase de plena madurez del debate epistemológico y de consolidación de nuevos métodos al servicio de la Arqueología, aprovechando la oleada de la revolución tecnológica de los años que cierran el pasado siglo y abren el presente, que tendrán una notable repercusión en ambiciosos planteamientos como los propios de la Arqueología territorial y del paisaje.² Si, en efecto, la *Urbanística* de García y Bellido pudo hacerse eco de las posibilidades y los resultados que aportaba la fotografía aérea a la hora de captar, prospectar y documentar aspectos de índole territorial y urbanística con enorme provecho, en los años recientes se han multiplicado y afinado los métodos geofísicos de introspección en el subsuelo (mediante nuevas técnicas que aprovechan, entre otras cosas, las reacciones de campos magnéticos, las corrientes eléctricas o las ondas sísmicas), lo que unido a la capacidad de sistematizar los datos con la poderosa herramienta de los ordenadores y a las posibilidades de uso y manipulación de imágenes con soporte digital, han conducido a resultados espléndidos.

Son métodos que se incorporan a sistemas más exigentes de investigación del terreno,³ al servicio de una nueva valoración, junto a la excavación, de la prospección de campo, y todo ello como fruto de la mayor exigencia general en la pulcritud y la efectividad de los métodos de análisis arqueológico y de atención a los contextos. Es una nueva dimensión de la que puede llamarse arqueología extensiva, que ofrece uno de tantos frentes renovados y prometedores en el campo que aquí nos ocupa.

El hecho es que hoy puede sostenerse la existencia de estructuras urbanas en Hispania desde fechas bastante antiguas, fruto de un proceso de complejización cultural muy avanzado en la Prehistoria reciente, en el apasionante segundo milenio antes de nuestra Era, que culmina en lo que puede considerarse primer capítulo de la historia estatal y urbana de la Península, asociado al nombre de Tartessos y, desde el punto de vista

¹ Surge entonces la llamada 'Nueva Arqueología', con un fuerte componente antropológico y sistémico, como subrayaron sus principales mentores conceptuales, y se constituyó en uno de los movimientos determinantes de la gran renovación epistemológica que seguirá hasta nuestros días. Puede verse en los trabajos de Binford 1962 y 1965. Para una exposición sintética de la evolución de la Arqueología en sus planteamientos, métodos y campos de acción, remito a la útil monografía de Gutiérrez 2001.

² Representa uno de los frentes de renovación conceptual y metodológica más atractivos de la moderna Arqueología y ha generado ya una densa bibliografía. Puede verse, para una aproximación a sus planteamientos y resultados: Barker y Lloyd 1991; Barker y Mattingly 1999; Rossignol y Waadsnider 1992; Bender 1993; Bernardi 1992. Entre las aportaciones españolas: Orejas 1995 y 2006; Criado 1999.

³ Puede recordarse la generalización en los trabajos arqueológicos de modernos sistemas de información geográfica como los ya habituales G.I.S. (Geographical Information Systems) o S.I.G., según la denominación en español (Sistemas de Información Geográfica). Véase: Baena, Blasco y Quesada 1997.

temporal, a los comienzos del primer milenio o incluso los últimos tiempos del segundo.

Todo consistió, en principio, en una reestructuración territorial afecta fundamental e inicialmente a la baja Andalucía, con la aparición de asentamientos caracterizados por la obediencia a una estrategia territorial típicamente urbana, basada en la potenciación o creación de núcleos básicos de gran vocación viaria por la importancia de un factor ahora determinante: la comunicación y el comercio y la apertura a un horizonte geográfico muy vasto y ambicioso, ajustado, de forma verdaderamente revolucionaria, a la 'economía mundo'. Era, en términos antropológicos y culturales, un salto cualitativo en la historia de la humanidad, protagonizada por una especie humana verdaderamente nueva, la que puede definirse como propia del *zoon politikón* aristotélico, la era del urbanita.

En este episodio fundamental, centrado geográficamente en el Mediterráneo⁴ y alentado principalmente por las creativas civilizaciones de su ámbito oriental, tuvieron un temprano papel, con precocidad que asombró entonces y ahora, las tierras occidentales, lo que visto en la lejanía desde Oriente produjo en la Antigüedad el punto de extrañeza y de mitificación que señala al nombre y la idea de Tartessos. Circunstancias de todos conocidas, como la posesión y el comercio de metales entonces imprescindibles, singularmente el estaño, y las disponibilidad de magníficas tierras para la agricultura y la ganadería, hicieron de la baja Andalucía un foco de precoz arraigo de la vida urbana.

Arqueológicamente constatamos la aparición de importantes centros de ocupación, que perduran en las ciudades históricas bien documentadas después en las fuentes, y serán las que se consolidan en los centros urbanos que, en su papel estructurador del territorio, alcanzan hasta nuestros días. Es el caso de ciudades como *Onuba* (Huelva), en la costa, que ha mantenido durante toda su historia su privilegiado papel de puerto de mar y punto de salida para el comercio de los productos de su *hinterland*, y destacadamente los arrancados a las ricas cuencas mineras de sus comarcas serranas; o *Hasta Regia* (Mesas de Asta, Jerez), un gran enclave estratégico en el estero de Lebrija, de principal importancia para la navegación y el comercio en el ámbito principal de la desembocadura del Guadalquivir (quizá, como tantas veces se ha pensado, el centro nuclear o capitalino de Tartessos, una sede regia a la que debería su denominación en época romana); o *Carmona* (Carmona, Sevilla), baluarte principal para el control, a partir de la zona deltica del Guadalquivir y tierra adentro, de la ruta vertebral del mundo tartésico, turdetano y bético: la marcada por el propio río y por la Vía Heraklea o Vía Augusta; o *Corduba* (Córdoba), en su asentamiento originario del parque de Cruz Conde, expresión de la penetración hacia el interior, por la citada ruta fluvial y terrestre, del territorio afectado por la civilización tartésica; aquí, en un punto clave para

⁴ Para una consideración más reposada de este trascendente fenómeno puede verse mi ensayo: Bendala 2007a.

el control de las rutas que seguían el curso del río o las atravesaban, prólogo de su definitiva consolidación como ciudad ‘pontuaria’ y nudo de comunicaciones, con unas virtualidades estratégicas, para la actividad económica, para el ejercicio del poder, que consagrarían a Córdoba como capital de la provincia romana Bética o del califato posterior en el medievo.

De la generalidad de estos centros tenemos, para sus fases iniciales, una información fundamentalmente estratigráfica. Los grandes acúmulos de capas de sus diferentes fases y etapas constructivas, a menudo configurando *tells* de considerable altura, que recuerdan a los que dan fama arqueológica al Oriente Próximo, son el más palpable testimonio de la importancia de su papel vertebrador del territorio, la prueba material indiscutible de su solidez y su durabilidad. Poco se sabe de la arquitectura y la urbanística de entonces, aunque parece general una gran modestia, con apariencia de poblados de cabañas, aunque la cultura material, en las cerámicas, el armamento y otras facetas, como las célebres y controvertidas estelas de guerreros, acreditan la riqueza y complejidad social propia de su estadio cultural, así como el tipo de relaciones de amplio espectro que se corresponde con la ambiciosas actividades económicas que entonces se ponen definitivamente en marcha.

Bien se sabe, por otra parte, que la consolidación de la estructura urbana tartésica, en todos los sentidos, tendrá su episodio definitivo como fruto de la colonización, fundamentalmente fenicia, también extendida a estas tierras del occidente mediterráneo con una notable y afamada precocidad. Es otro fruto de la investigación reciente la constatación de una acción colonial decisiva, apoyada en la creación de importantes centros coloniales costeros, con *Gadir* (Cádiz) a la cabeza, y su rosario de centros menores repartidos por toda la costa, en una red litoral que los progresos arqueológicos permiten comprobar muy extendida hasta la costa atlántica portuguesa, y bien al norte, e igualmente avanzada por el litoral mediterráneo, donde la presencia colonial fenicia se funde con la griega hasta, prácticamente, las aguas mediterráneas endulzadas ya por el Ebro. Pero es tanto o más importante, en cuanto a la irradiación colonial, la comprobación de una fuerte penetración fenicia en el interior, en lo que podríamos llamar el corazón del territorio tartésico, imprescindible para entender el robustecimiento definitivo de la estructura urbana apoyada en los centros tartésicos antes citados —*Hasta Regia, Onuba, Carmo...*— a los que pronto se sumarían, en las mismas zonas, centros puramente coloniales, como se piensa ya, con sólidos argumentos, que fue desde el principio la ciudad de *Spal (Hispalis, Sevilla)*.

Podemos ejemplificar en Tejada la Vieja, un asentamiento despoblado después, la aparición de centros en el ámbito tartésico fuertemente asociados ya a la colonización fenicia y representativo de una ambiciosa estrategia territorial y económica, atenta en este caso a la fijación y el control de redes de comunicación que enlazan centros mineros con lugares, como el que comentamos, apropiados para las actividades agropecuarias y bien conectados con las vías fluviales y marítimas para abrirse al comercio internacional (Fernández 1987). En el mismo ambiente geográfico desempeñaría un papel

nuclear básico en la Antigüedad y la Edad Media la ciudad de Niebla, la antigua *Ilipla*, que fija la vía terrestre que enlazaba por el interior la ciudad de Huelva, y todo el occidente del mediodía peninsular, con el foco nuclear de la desembocadura del Guadalquivir y sus ciudades principales representadas por *Spal/Hispalis*.⁵

Todo lo que la Arqueología viene mostrando, que he ejemplificado en lo que va dicho, no hace sino confirmar o ilustrar lo que nos dicen los textos antiguos. Es la prueba de la vieja *politeía* de la que se hace eco Estrabón (3,1,6) cuando dice que los turdetanos, continuadores directos de los tartesios, “son los más cultos (*sofótatoi*) de los iberos, puesto que no sólo utilizan escritura, sino que sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años, según dicen”. Es la conciencia que de sí mismos tenían los turdetanos de época de Estrabón, o de sus informantes de algún tiempo antes, que podemos ahora comprender y valorar arqueológicamente.

El hecho es que la estructura urbana, por su propia naturaleza y si encuentra las condiciones adecuadas, tiende a perpetuarse y a expandirse. Y como fruto de esa perpetuación y de esa expansión, la cultura tartésica/turdetana y colonial, íntimamente trabadas por su evolución desde el siglo IX a.C. en adelante, dará lugar, estimulando una gran diversidad de sustratos culturales y poblacionales, a la cultura ibérica (o a las culturas ibéricas, si queremos más convenientemente considerarlas en su amplia pluralidad). La alta Andalucía, el sudeste y el levante peninsulares se convertirán en escenario de un rápido desarrollo urbano, alentado por influencias tartésicas y coloniales, en una fase posterior a la propia de la inicial en la baja Andalucía, aunque no muy lejana temporalmente.

Valga para la alta Andalucía, como yacimiento representativo, el muy conocido de Plaza de Armas de Puente de Tablas, en Jaén, un característico *oppidum* identificable con la ciudad antigua de *Auringis*. Con ocupación desde el Bronce Final, adquirió una poderosa caracterización como *oppidum* amurallado desde el siglo VIII a.C. y ofrece procesos de regularización y distribución funcional del hábitat en siglos posteriores, que lo aproximan a los criterios maduros de ordenación urbanística propios de las más evolucionadas sociedades mediterráneas. Entre otras cosas, en fechas ya del siglo IV a.C., se reconoce la definición de una zona ‘palacial’, sede de la cúspide aristocrática que lideraba la comunidad residente en el *oppidum*, que ocupaba casas complejas y bien ordenadas en calles de trazado regular (Ruiz y Molinos 2007). Es una buena muestra de la paulatina aparición de grandes *oppida* que irán articulando el territorio ibérico con una precocidad para el mundo ibérico bien atestiguada en la alta Andalucía por su vinculación geográfica y cultural con el área nuclear de Tartessos y la comunicación con la costa

⁵ Un amplio estudio de la organización territorial y los centros urbanos del territorio onubense, véase: Campos y Gómez 2001.

mediterránea por diferentes pasos, entre ellos la continuidad de la gran arteria de la Vía Heraclea o Augusta.

Por su parte, en el sudeste y la franja levantina, donde se hallan algunos de los territorios clásicos o nucleares de la cultura ibérica, como la Contestania y la Edetania, la estructuración urbana ibérica, su modalidad y su cierta precocidad han adquirido un nuevo semblante por el descubrimiento reciente de una directa presencia colonial fenicia en plena costa contestana, en el asentamiento de la Fonteta, en las dunas de Guardamar del Segura (Alicante).⁶ Su envergadura y su amurallamiento lo sitúan en la misma línea de apoyo a un ambicioso proyecto de control territorial que acredita, para el caso de la colonia principal de *Gadir*, su proyección costera en el importante núcleo amurallado del Castillo de Doña Blanca. Es un importante dato que se suma a una tradicional valoración del impacto feniciopúnico en el ámbito y las culturas ibéricas del sudeste peninsular, articulado más modernamente en la determinación de una antigua irradiación de la cultura tartésica, incrementada en la época orientalizante por la mayor capacidad de acción por entonces —según se avanzaba en el siglo VIII a.C. y se entraba en las centuria siguiente— de la propia cultura tartésica, y por una directa influencia o presencia de los fenicios, según vamos conociendo mejor ahora.⁷

Los nuevos datos vienen a confirmar, como en tantas ocasiones, antiguas noticias contenidas en las fuentes literarias, sobre todo la proporcionada por un pasaje de la conocida *Ora Maritima* de Avieno, según el cual fueron los fenicios los primeros habitantes de la región del Segura o de la costa levantina de forma más general: *Ista Phoenices prius loca incolebant* (O.M. 459-460). Es quizá una referencia a que ellos debieron de ser los primeros habitantes “extranjeros” de la zona, anteriores a los griegos que también se harían presentes en estas costas, como se ha subrayado recientemente (Villalba 1994, 125-128). La investigación arqueológica, como decía, acumula datos sobre la presencia o la influencia fenicia en la región (González Prats 1991), en el marco de una considerable incidencia en toda la costa mediterránea de la Península, un fenómeno también largamente barruntado, pero que adquiere en nuestros días una incuestionable relevancia (Bendala 2003a).

Porque, en efecto, sólo gracias a la evidencia que representa la directa presencia colonial fenicia en la costa contestana puede explicarse el temprano y específico desarrollo urbano y urbanístico de los numerosos lugares de esta zona que la investigación arqueológica ha ido poniendo a la luz o en valor en los últimos años. Uno de los más representativos es el poblado de El

⁶ Los resultados de la investigación arqueológica, en: Azuar *et alii* 1998 y González 1999 y 2001.

⁷ La importancia de la extensión de la cultura tartésica hasta Alicante y el sudeste en general, fue puesta de relieve con excavaciones como las llevadas a cabo hace tiempo en el asentamiento alicantino de Los Saladares (Arteaga y Serna 1975; Arteaga 1976-78 y 1982), un fenómeno corroborado después en muchos otros yacimientos, como el importante poblado de Peña Negra, en Crevillente (González 1983; 1990). La importancia de la irradiación tartésica como plataforma de desarrollo de la cultura ibérica fue hace unos años ampliamente tratada por Abad 1979.

Oral, en término de San Fulgencio (Alicante), en una rada muy cercana a la Fonteta. Es un poblado pequeño, de poco más de una hectárea, pero testimonio de una estrategia territorial y de una urbanística muy evolucionadas ya a fines del siglo VI y los comienzos del V a.C. (Abad y Sala 1993 y 2001).

Todo apunta a que se trata de un poblado de colonización, programado seguramente desde un centro principal según un ambicioso proyecto para la explotación económica de la zona y su potenciación con un activo comercio —como Marzabotto respecto de *Felsina* (Bolonia), por citar un caso elocuente y bien conocido—, en el que se hace evidente la acción de una recia autoridad dirigente, a la manera de un *oikistés*, capaz de planificar todos los detalles que darán forma y carácter al poblado.⁸ Sus características materiales, en cuestiones tan significativas como los patrones de medida que se emplearon para su cuidadosa planificación, permiten detectar cierta dependencia de tradiciones feniciopúnicas, con paralelos significativos en el mundo norteafricano o, más genéricamente, cartaginés (Abad y Sala 1993, 161-162, 191-193 y *passim*). Quizá no sea mera casualidad que fórmulas urbanísticas cercanas se hallen en la ciudad púnica de Kerkuan (Túnez), o que uno de los conjuntos más próximos urbanísticamente al poblado contestano lo proporcione la acrópolis de la ciudad también púnica de Monte Sirai, en Cerdeña.⁹ Y es una de las manifestaciones más significativas de la vinculación a la tradición cultural fenicia el hecho de que una estancia principal de la manzana mejor documentada de El Oral, que ocupa un lugar privilegiado en la misma, tenga como rasgo principal la representación en el centro del pavimento del característico motivo de piel de vacuno extendida o de ‘lingote’, realizado aquí con arcillas de varios tonos, con el esmero y el exquisito cuidado que caracteriza el quehacer de quienes moraron en este sencillo poblado de la boca del Segura. La presencia de este tipo de hogar o altar, habitual en estancias sacras de raigambre fenicia, como las propias de los santuarios de El Carambolo (en Camas, Sevilla), Coria del Río (Sevilla), Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) y tantos otros lugares, así como la decoración en rojo de las paredes —inusual en las demás casas—, han inducido a sostener la hipótesis de que se trata de un lugar ‘singular’, tal vez para reuniones, con un alto contenido religioso, hasta el punto de que pudiera ser su función principal la religiosa, inseparable, por lo demás, de las principales actividades cívicas, según es propio de las sociedades antiguas (Abad y Sala 1998).

No es el caso extenderse aquí en una detenida enumeración de los rasgos que en otros asentamientos de las áreas culturales ibéricas del levante mediterráneo acreditan esta dependencia de tradiciones feniciopúnicas, tan visibles, por ejemplo, en las estancias singulares, almacenes y, sobre todo, el

⁸ Con base en las excavaciones dirigidas por L. Abad y F. Sala, pude abordar un ensayo de reconstrucción del proceso fundacional de este interesante poblado en Bendala 2000b, 183-198.

⁹ Remito a mis propias consideraciones, con bibliografía de referencia, en Bendala 2003, 26 ss.

templo del poblado de la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante); en el templo documentado en la propia *Edeta* (en el Tossal de Sant Miquel de Liria, Valencia), capital de los edetanos; o incluso, yendo mucho más al norte, en las estancias sacras, también con altares/hogares en forma de piel de toro, documentadas en el interesante poblado de Els Vilars (Arbeca, Lleida).¹⁰

El hecho es que en el mundo cultural ibérico se constata una etapa de formación urbana que remite a la época tartésica y colonial, seguida de otra de consolidación, con fuerte proyección urbanística y arquitectónica, que, *grosso modo*, se desarrolla a partir de momentos avanzados del siglo VI a.C. y llega hasta lo que suele entenderse por fase del ibérico pleno, entre los siglos V y III a.C.; a todo lo cual siguen cambios importantes en la baja época, desde el siglo III hasta la integración en el Imperio romano, una fase final determinada por el fuerte impacto púnico derivado de la conquista de los Barca, la guerra púnico-romana y el propio triunfo de la imparable Roma.

Con este punto de partida, puesto en la asunción de la existencia de estructuras urbanas en el mundo ibérico, con sus peculiaridades, limitaciones, grados de desarrollo, procesos históricos específicos según regiones, etc., la investigación de los últimos años ha puesto gran empeño en enriquecer y matizar ese cuadro básico con numerosos frentes de investigación e importantes resultados. Puestos a destacar alguno de ellos, en función de nuestros objetivos de ahora, valgan dos aspectos principales, en buena medida vinculados a la mirada científica aguzada por la mencionada Arqueología del paisaje, con atención a la organización territorial, básica para la caracterización de la estructura urbana, y a las formas urbanísticas y arquitectónicas, determinantes de la peculiar antropización del paisaje artificial consustancial a la ciudad.

Los estudios territoriales de amplia escala, con gran uso de las prospecciones sistemáticas, buscan conocer la forma de apropiación del territorio que las estructuras estatales y urbanas traen siempre consigo. Se va comprobando cómo en los territorios ibéricos más evolucionados, desde la Turdetania, en la baja Andalucía, a la alta Andalucía (bastetana y oretana) y el sudeste/levante contestano y edetano, predomina una organización territorial presidida por *oppida* o centros bien fortificados, ubicados en lugares bien comunicados, sea en lomas junto a valles fluviales o rutas interiores o, directamente, en lugares apropiados como puertos de mar. Lo ejemplifican bien los centros ya citados de Tejada la Vieja, *Carmo*, *Spal/Hispalis*, Plaza de Armas de Puente de Tablas (*Auringis*) o el Castillo de Doña Blanca, asociado a *Gadir*.¹¹

¹⁰ Para los yacimientos citados, puede consultarse, fundamentalmente: Olcina y García 1997; Bonet 1995; Grup d'Investigació Prehistòrica (G.I.P.), 2005. Las Actas en que se recoge este último trabajo, editadas en Anejos de *AEspA*, reúnen numerosos trabajos relativos al fenómeno que nos ocupa.

¹¹ Son muy numerosos los trabajos arqueológicos destinados a analizar, con mayor o menor amplitud territorial y más o menos profundidad en el análisis de detalle, el territorio ibérico de las regiones apuntadas. Remito al trabajo general y de planteamientos básicos de Ruiz y Molinos 1993, especialmente 100-144; y a los más específicos de los mismos autores

Más en detalle, por la aplicación de herramientas de análisis territorial como los S.I.G., es posible contemplar determinados espacios ibéricos, correspondientes a la Contestania y la Edetania, organizados según una cuidadosa articulación de control territorial sobre la base de núcleos de habitación bien distribuidos y jerarquizados, un signo claro de madurez urbana. Presiden la estructura unos pocos centros o ciudades de tamaño mayor, entre 8 y 10 hectáreas, de los que dependen *oppida* más pequeños, de 5 a 2 hectáreas de superficie, cabeza a su vez de atalayas y caseríos menores para la explotación y el control del conjunto del territorio dirigido desde los centros mayores. En todo destaca la importancia de la vialidad, la fijación y el control de las vías de comunicación, como base del control territorial con vistas a la explotación económica y al control administrativo y militar o, en una palabra, político.

En la Contestania se comprueba este tipo de articulación, presidido en la zona septentrional por la ciudad de *Saiti* (Játiva), un centro importante que acuñó moneda ibérica, entre otros testimonios de su importancia económica y política; mientras que en las comarcas meridionales, el papel de lugar central lo ejerce *Ilici* (La Alcudia de Elche). Según las últimas investigaciones, habría que añadirles otro centro principal, en la comarca de la montaña alicantina, representado por el asentamiento de La Serreta, de Alcoi. Las tres ciudades, *Saiti*, La Serreta e *Ilici* capitalizarían el poblamiento y la economía durante el ibérico pleno, en los siglos IV-III. De ellas dependerían, según el esquema dicho, *oppida* de tamaño más pequeño, como el Puig de Alcoi o La Covalta (en Agrés, Albaida), para la Contestania central; o La Escuera, para la Contestania meridional. La escala menor la representarían pequeños enclaves, como el Puntal de Salinas y tantos otros.¹²

Como segundo aspecto a considerar, según se dijo, en la lectura arqueológica de las expresiones urbanas, la investigación moderna complementa la articulación territorial con otra vertiente principal y más perceptible: su proyección urbanística. Los datos puntuales o poco sistemáticos de hace años han ido siendo superados por los resultados derivados de excavaciones metodológicamente más adecuadas, que más allá de sondeos estratigráficos y en espacios limitados, se proyectan sobre superficies amplias y con sistemas de registro que permiten recuperar adecuadamente las tramas urbanísticas y la contextualización de las estructuras arquitectónicas. Es, en suma, el acercamiento al 'paisaje urbanístico o arquitectónico' que proporciona uno de los elementos de más rica virtualidad a la hora de penetrar en el carácter de las sociedades que lo crearon.

Ruiz y Molinos 1997, de Ruiz 1987 y Escacena y Belén 1997, todos ellos con amplia bibliografía sobre la cuestión.

¹² Como se comenta en la nota anterior, igualmente abundantes son los trabajos sobre el territorio ibérico en el ámbito levantino. Y específicamente para la Edetania y la Contestania, me limito a citar: Abad 1987; Bernabeu, Bonet y Mata 1987; así como los trabajos más recientes (de Bonet, Grau, Moratalla y otros) reunidos en Abad, Sala y Grau 2005 y de Grau 2002.

La idea de una urbanística evolucionada puede apoyarse ya en la constatación de tramas urbanas bastante complejas desde centros o ciudades de la vanguardista región del mediodía, como Tejada la Vieja o Plaza de Armas de Puente de Tablas, a centros de menor entidad, pero expresivos de esa urbanística desarrollada, en el sudeste y levante peninsulares, como El Oral (San Fulgencio), la Picola (Santa Pola) o la Illeta del Banyets, en Alicante; el Castellet de Bernabé o el Puntal del Llops en Valencia, etc. Me limito a una inicial enumeración porque el número de yacimientos ahora conocido es muy alto y no es posible entrar en su descripción pormenorizada. De lo que se trata aquí es de destacar que los testimonios conocidos demuestran que, desde el siglo VI a.C., se conoce en los ambientes ibéricos la planificación de los asentamientos según una ordenación funcional de los espacios —con distinción de las áreas fabriles y las domésticas— y su organización con calles regulares y bien trazadas, de lo que es un ejemplo precoz para la época y muy expresivo según su estudio, el citado poblado de El Oral.

Para la caracterización del hábitat y su valoración cultural y sociológica ha sido de gran importancia la constatación, muy repartida, de templos o edificios de culto en los asentamientos ibéricos, una carencia en el conocimiento arqueológico de hace años que fue uno de los principales apoyos a la idea de que no era posible hablar de urbanismo y de la existencia de verdaderas ciudades en el mundo ibérico, dada la habitual existencia de templos o santuarios en las ciudades mediterráneas que servían de referencia, fenicias, griegas, etruscas u otras, como expresión de la complejidad social e ideológica que les era propia. Hoy día se conocen multitud de templos o lugares de culto en los asentamientos ibéricos, hasta constituirse, como era de esperar, en uno de los rasgos distintivos de su pertenencia a sociedades de corte urbano, por el papel que la ideología y las religiones regladas desempeñaban en la vida colectiva y en el complejo y delicado juego de fuerzas que implica la tensión social —‘política’— propia de las entidades estatales y urbanas.¹³ No es casualidad, por otra parte, que numerosos santuarios de centros ibéricos, como los de la ciudad de *Edeta*, en el Tossal de Sant Miquel de Llíria; de los poblados alicantinos de la Illeta del Banyets (Campello) y El Oral (San Fulgencio); del importante *oppidum* de Torreparedones (Castro del Río, Córdoba), identificable con la ciudad antigua de *Ituci* (con el apelativo de *Virtus Ilulia* en época romana) y otros en diferentes ámbitos ibéricos, sean de tipología feniciopúnica, una expresión destacada, en línea con lo dicho más arriba, de la fuerte impronta dejada por los colonizadores semitas en las diferentes culturas ibéricas.¹⁴

¹³ Es ilustrativo el amplio elenco de testimonios recogidos en los amplios trabajos de Almagro y Moneo 2000 y Moneo 2003, 267-243.

¹⁴ Para una consideración detenida de este fenómeno, puede verse mi estudio: Bendala 2005-06.

Ha sido igualmente renovadora la recuperación en los asentamientos ibéricos de formas complejas de arquitectura doméstica. También frente a la idea tradicional del uso de habitáculos generalizadamente sencillos, la revisión de las antiguas excavaciones y las nuevas acometidas con otros criterios, han desvelado un panorama de casas desde antiguo bastante complejas, con numerosas estancias, con jerarquía de uso y función, asociadas en ocasiones a patios y espacios de distribución y todo lo que es habitual en las sociedades mediterráneas evolucionadas.¹⁵ Incluso se han reconocido en determinados poblados, como en el Castellet de Bernabé, la Illeta del Banyets, El Oral, Plaza de Armas de Puente de Tablas y otros, posibles residencias aristocráticas, que son otra prueba contundente de la articulación y la fuerte jerarquización de las sociedades ibéricas.

Toda esta nueva imagen de la arquitectura y la urbanística ibéricas franquea el camino a la posibilidad de obtener una jugosa información en función de una realidad bien expresada por el tratadista italiano Aldo Rossi, en su libro *L'Architettura della città* (1966), cuando subraya que la arquitectura y la urbanística son la “arquitectonización” de la ciudad, la plasmación material de su personalidad ciudadana, el mejor testimonio de su carácter, el más perceptible, el más consistente.¹⁶ Permítaseme recordar lo escrito en otro lugar, siguiendo las argumentaciones de Rossi, acerca de cómo “la personalidad ciudadana, de cada experiencia específica, se trasladó a la urbanística y la arquitectura hasta hacer de ellas su mejor expresión y una de las realidades más influyentes, a su vez, en la progresiva caracterización de la ciudad, del conjunto de la vida urbana y de los propios ciudadanos. El medio por el que los ambientes arquitectónicos adquirirían su especial significación fue esencialmente su tipificación, clave para que los edificios no fueran simples contenedores, sino realidades cargadas de significado. La ciudad construida se configuraba como una suma de referentes formales, que por el valor semántico de sus elementos aislados, y por la suma de ellos en una sintaxis urbanística que hacía de ella la proposición matérica de un discurso o de una suma de discursos, abría el camino a una fructífera relación entre la ciudadanía y la urbe, y de ella con las demás comunidades... Subraya Rossi, en este sentido, la analogía de la ciudad arquitectónica con el lenguaje y de su estudio con la lingüística, una dimensión que afecta a la arquitectura de la ciudad como a todo código compartido socialmente”.¹⁷

Conscientes de esta realidad, de la íntima relación entre las formas urbanísticas y arquitectónicas y la idiosincrasia de la sociedad que les dio

¹⁵ Véase, por ejemplo, el reciente estudio sobre la arquitectura doméstica contestana de Sala y Abad 2006.

¹⁶ Me he servido de la versión española de Ferrer-Ferrer y Tarragó Cid: Rossi, 1982.

¹⁷ Bendala, 2003b 15-16. En este ensayo puede encontrarse una reflexión detenida sobre la importancia de la caracterización de la urbe en el marco de las sociedades urbanas, y el tipo de relaciones, de índole semiótica y ecológica, entre otras, que se establece entre la ciudadanía y su urbe, una relación cargada de consecuencias y determinante del tipo de ambiente, paisajístico podría decirse, con su alto ingrediente artificial, que es propio del urbanita.

forma, de sus capacidades y tendencias, la lectura de la materialidad de la ciudad abre un camino de gran trayectoria y profundo calado que no es posible recorrer ahora. Sólo cabe hacer en esa dirección algunas observaciones, que sirvan, además, de cierre a esta colaboración.

Llama la atención en el mundo ibérico la existencia de paisajes urbanísticos muy discriminados y diferenciados en el tratamiento y, por consiguiente, en la apariencia de sus diferentes esferas, lo que invita a pensar que se debe a razones profundas a las que podemos en alguna medida acercarnos. Es, en efecto, llamativa la modestia —o la simple pobreza— de la generalidad de la arquitectura de los núcleos de hábitat en comparación con otras culturas contemporáneas y próximas, como las itálicas, y, sobre todo, en comparación con otros ambientes o espacios ibéricos, como las necrópolis. En las ciudades y poblados —un mundo de piedra sin tallar, sencilla mampostería, madera y barro— se advierte un esfuerzo económico, técnico y artístico muy bajo, muy inferior al de las necrópolis. En estas tenemos desde antiguo —pensemos en el monumento de Pozo Moro, que remite a la época orientalizante¹⁸— la mejor arquitectura y no digamos una escultura de altos vuelos, que sólo muy excepcionalmente se da en el interior de las ciudades o poblados. La muralla, la obra pública más importante de los asentamientos ibéricos, sólo ofrece fábricas bien escuadradas, con aparejos de sillares, a partir de la época ibérica media, no antes del siglo IV a.C., y sólo de manera excepcional (Moret 1996, 287).

Es bien sabido que tanto por lo que se dice en las fuentes literarias como sugieren las estructuras territoriales y la organización de los centros de hábitat (polinucleares o mononucleares), las sociedades ibéricas parece que se atuvieron a un sistema de poder aristocrático que, con raíces en las etapas tartésica y orientalizante, aflora en las formas de poder que aparecen mencionadas en los textos bajo la diversidad de nombres que conocemos: *dux*, *rex*, *regulus*, *dumastês*, *basileus*, etc. (Moret 2002-03; Almagro 1996). Esas mismas fuentes y los datos arqueológicos demuestran que esas formas aristocráticas de poder, arraigadas en el ibérico antiguo, perduraron hasta la época romana en un ambiente social y cultural, el ibérico, particularmente arcaizante y conservador.

Porque, en efecto, frente a una dinámica social y política que condujo en el mundo griego o en el itálico a fórmulas de organización y gobierno más abiertas y participativas, con sistemas republicanos y más ‘democráticos’, las sociedades ibéricas se mantuvieron aferradas a los comentados sistemas aristocráticos de poder unipersonal, con perfil muy arcaizante como aflora en fenómenos como la *devotio* y en rituales funerarios, duraderos hasta época romana, que subrayan una sobreelevación del régulo o del aristócrata a la categoría de los sobrehumano.¹⁹

¹⁸ Una discusión sobre la escultura ibérica, en buena parte funeraria, su origen, formación y carácter, puede verse mi trabajo: Bendala 2007b; con las referencias a los trabajos ajenos que son de esperar.

¹⁹ Me he ocupado por extenso de esta cuestión en Bendala 2006.

Los estudios modernos han llegado a proponer un modelo de sociedad ibérica que contrapone una aristocracia muy restringida, acaparadora de todas las formas de poder y de propiedad, a una masa clientelar supeditada a ella, con muy limitado o ningún acceso a los derechos civiles (Ruiz 1998). Es una cuestión sujeta a discusión, pero genéricamente aceptada en virtud de bastantes pruebas, aunque según se avanza en la investigación se va recuperando una complejidad social que puede no casar del todo con el esquema indicado. En cualquier caso, ese modelo social y de poder se compadece bien con el particular paisaje urbanístico de los centros ibéricos. Si lo esencial en el sistema social y de poder vigente eran las virtudes de clase y las relaciones de parentesco, las necrópolis eran el ambiente apropiado para esos fines. Y mientras las necrópolis acaparaban prácticamente toda la atención, los centros de habitación jugaban un papel en cierta manera secundario o limitado en la escenificación social, aunque no faltan, como se ha dicho, expresiones de lo que puede entenderse por residencia aristocrática, siempre poco diferenciadas técnica o arquitectónicamente de las demás (Bendala 1998, 31-32).

En la misma línea se sitúa otro hecho significativo: la limitada atención prestada en los centros ibéricos a los espacios públicos. Apenas se abren hueco entre estructuras y caseríos generalmente muy apretados, incluso en asentamientos grandes y evolucionados. Parece resultado de una mentalidad que privilegia los espacios públicos de referencia (como las necrópolis) frente a los de participación colectiva, a la manera de las ágoras y los foros. Puede suponerse que lo limitado de los espacios públicos y de su significación arquitectónica es expresión de las limitaciones de la 'vida pública'. Todo parece apuntar, en fin, a formas de organización muy estáticas y conservadoras, con una dinámica social muy constreñida por los rigurosos lazos de dominio o de dependencia que cabe suponer en las relaciones clientelares de la sociedad aristocrática ibérica.

En la baja época, la entrada de las corrientes helenísticas, aportadas fundamentalmente por los púnicos en la época de los Barca y después por los romanos, mostrarán fenómenos de confluencia con el estado de cosas existente, con incidencia en las formas de poder,²⁰ y pulsiones a cambios de gran calado que abrirán paso a la decisiva etapa marcada por el dominio romano, que, entre otras cosas, impondrá un tipo de sociedad más civil y participativa, distinta de la tradicional de corte ibérico. Pero eso nos introduce en un mundo nuevo, en el que también los cambios en la arquitectura y la urbanística, en el paisaje de la ciudad, serán decisivos y tan expresivos como cabía esperar de su profunda correlación con la sociedad que la informa y sustenta.²¹

²⁰ Como argumento en el trabajo ya citado, Bendala 2006.

²¹ Una aproximación sintética, por mi parte, a esta importante cuestión, en Bendala 2003c.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad 1979: L. Abad, “Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica”, *AEspA* 52, 1979, 175-193.
- Abad 1987: L. Abad, “El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante”, en A. Ruíz y M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén 1987, 157-169.
- Abad y Bendala 1996: L. Abad y M. Bendala, “Urbanismo y ciudad: de las formaciones ibéricas a la consolidación del modelo romano”, *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol II, Elche 1996, 11-20.
- Abad y Sala 1993: L. Abad y F. Sala, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia 1993.
- Abad y Sala 1998: L. Abad y F. Sala, “Sobre el posible uso cáltico de algunos edificios de la Contestania ibérica”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló. Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, Castellón 1998, 91-102.
- Abad y Sala 2001: L. Abad y F. Sala, *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*, Madrid 2001.
- Abad, Sala y Grau 2005: L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania ibérica, treinta años después. Actas de las I Jornadas de Arqueología Ibérica*, Alicante 2005.
- Almagro 1996: M. Almagro-Gorbea, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Madrid, 1996.
- Almagro y Moneo 2000: M. Almagro-Gorbea y T. Moneo, *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*, Madrid 2000.
- Aranegui 1998: C. Aranegui (ed.), *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Barcelona 1998.
- Arribas 1965: A. Arribas, *Los iberos*, Barcelona 1965.
- Arteaga y Serna 1975: O. Arteaga y M. A. Serna, “Los Saladares-71”, *NAH, Arqueología* 3, 1975.
- Arteaga 1976-78: O. Arteaga, “Problemática general de la iberización en Andalucía oriental y en el Sudeste de la Península”, *Ampurias* 38-40, 1976-78, 23-60.
- Arteaga 1982: O. Arteaga, “Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península”, *Huelva Arqueológica* 6, 1982, 131-183.
- Azuar *et alii* 1998: R. Azuar, P. Rouillard, P. Gailledrat, P. Moret, F. Sala y A. Abadie, “El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de ‘La Rábita’, Guardamar del Segura, (Alicante). Avance de las excavaciones”, *TP* 55, 1998, 111-126.
- Baena, Blasco y Quesada 1997: J. Baena, C. Blasco y F. Quesada, (eds.), *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*, Madrid 1997.
- Barker y Lloyd (1991): G. Barker y J. Lloyd, *Roman Landscapes: Archaeological Survey in the Mediterranean Region*, London 1991.

- Barker y Mattingly 1999: G. Barker y D. Mattingly (eds.), *The Archaeology of Mediterranean Landscapes*, Oxford 1999.
- Bendala 1990: “El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales”, en: W. Trillmich y P. Zanker (eds.), *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München 1990, 25-42.
- Bendala 1998: M. Bendala, “La ciudad entre los iberos, espacio de poder”, en: Aranegui 1998, 25-34.
- Bendala 2000a: M. Bendala, “Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida”, en M^a.P. García-Bellido y L. Callegarin, (eds.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, Anejos de *AEspA* XXII, Madrid 2000, 75-88.
- Bendala 2000b: M. Bendala, *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid 2000.
- Bendala 2003a: M. Bendala, “La influencia feniciopúnica en Alicante y su ámbito geográfico y cultural”, *Canelobre* 48, 2003, 21-34.
- Bendala 2003b: M. Bendala, *La ciudad, ayer y hoy*, Madrid, 2003.
- Bendala 2003c: M. Bendala, “*De Iberia in Hispaniam*: el fenómeno urbano”, en: L. Abad, (ed.), *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante 2003, 15-36.
- Bendala 2005-06: M. Bendala, “Hispania/España: un Oriente en Occidente”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 44, 2005-06, 369-386.
- Bendala 2006: M. Bendala, “Expresiones y formas de poder en la Hispania ibérica y púnica en la coyuntura helenística”, en: *Pallas: L'hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260-180 av. J.-C.)*, Toulouse, 2006, 187-206.
- Bendala 2007a: M. Bendala, “Mediterráneo”, en: *Historia de Europa*, vol. I, dir., M. Artola, Coord., J. A. Pardos, Madrid 2007, 97-178.
- Bendala 2007b: M. Bendala, “El arte ibérico en el ámbito andaluz: notas sobre la escultura”, en: L. Abad y J. A. Soler, (eds.), *Actas del Congreso de arte ibérico en la España mediterránea*, Alicante 2007, 21-38.
- Bendala y Blánquez 2005: M. Bendala y J. Blánquez, “Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania”, en: M. Bendala, P. Moret y F. Quesada (eds.), *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.C.: modelos helenísticos y respuestas indígenas (= CuPAUAM, 28-29)*, 2005, 145-160
- Bender 1993: B. Bender, *Landscapes. Politics and Perspectives*, London 1993.
- Bernabeu, Bonet y Mata 1987: J. Bernabeu, H. Bonet y C. Mata, “Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Lliria”, en: A. Ruíz y M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén 1987, 137-156.
- Bernardi 1992: M. Bernardi (ed.), *Archeologia del Paesaggio*, Firenze 1992.
- Binford 1962: L. R. Binford, “Archaeology as Anthropology”, *American Antiquity* 28, 1962, 217-225.

- Binford 1965: L. R. Binford, "Archaeological systematics and the study of culture process", *American Antiquity* 31, 1965, 203-210.
- Bonet 1995: H. Bonet Rosado, *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*, Valencia 1995.
- Campos y Gómez 2001: J. Campos Carrasco y F. Gómez Toscano, *La Tierra Llana de Huelva: Arqueología y evolución del paisaje*, Sevilla 2001.
- Criado 1999: F. Criado, *Del terreno al espacio. Planteamientos y perspectivas para la Arqueología del paisaje*, Santiago de Compostela 1999.
- Escacena y Belén 1987: J. L. Escacena y M^a Belén, "El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V y IV a.C.", *Huelva Arqueológica*, 14, 1987, 31-60.
- Fernández 1987: J. Fernández Jurado, *Tejada la Vieja, una ciudad protohistórica* (=Huelva Arqueológica 9), Huelva 1987.
- González 1983: A. González Prats, *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Anejo I de *Lucentum*, Alicante 1983.
- González 1990: A. González Prats, *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante 1990.
- González 1999: A. González Prats, *La Fonteta, 1996-1998. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura*, Alicante 1999.
- González 2001: A. González Prats, "Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular", en: D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, 173-192.
- Grau 2002: I. Grau Mira, *La organización del territorio en el área central de la Contestania ibérica*, Alicante 2002.
- G.I.P. 2005: Grup d'Investigació Prehistòrica (G.I.P.), "Dos hogares orientalizantes de la fortaleza de Els Vilars (Arbeca, Lleida)", en S. Celestino y J. Jiménez Ávila, Eds., *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, vol. I, Anejos de *AEspA*, xxxv, Madrid 2005, 651-668.
- Gutiérrez 2001: S. Gutiérrez Lloret, *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Alicante 2001.
- Martín 1994: M. Martín Camino, "Carthago Nova", *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid 1994, 45-49.
- Martín y Roldán 1992: M. Martín Camino y B. Roldán Bernal, "Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica", *Historia de Cartagena*, vol. IV, Cartagena 1992, 107-149.
- Moneo 2003: T. Moneo, *Religio iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*, Madrid 2003.
- Moret 1996: P. Moret, *Les fortifications ibériques, de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid 1996.
- Moret 2002-03: P. Moret, "Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio", *CuPAUAM*, 28-29, 2002-03, 23-34.

- Olcina y García 1997: M. Olcina Doménech y J.M. García y Martín, “Síntesi arqueològica”, en: Alcina Doménech, (eds.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*, Alicante 1997, 21-46.
- Olcina y Pérez 1998: M. Olcina Doménech y R. Pérez Jiménez, *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público*, Alicante 1998
- Orejas 1995: A. Orejas, *Del marco geográfico a la Arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*, Madrid 1995.
- Orejas 2006: A. Orejas, *Landscapes as Cultural Heritage in the European Research*, Madrid 2006.
- Roldán *et alii* 2003: L. Roldán, M. Bendala, J. Blánquez y S. Martínez Lillo, *Carteia II*, Madrid 2003.
- Roldán *et alii* 2006: L. Roldán, M. Bendala, J. Blánquez y S. Martínez Lillo, *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz), 1994-1999*, Madrid 2006.
- Rossi 1982: A. Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona 1982.
- Rosignol y Waadsnider 1992: J. Rosignol y L. Waadsnider (eds.), *Space, Time and Archaeological Landscapes*, New York 1992.
- Ruiz 1987: A. Ruiz, “Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir”, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid 1987, 9-20.
- Ruiz 1998: A. Ruiz, “Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales”, en: C. Aranegui 1998, 285-300.
- Ruiz y Molinos 1993: A. Ruiz y M. Molinos, *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona 1993.
- Ruiz y Molinos 1997: A. Ruiz y M. Molinos, “Sociedad y territorio en el alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.”, *Huelva Arqueológica*, 14, 1997, 11-30.
- Ruiz y Molinos 2007: A. Ruiz y M. Molinos, *Iberos en Jaén*, Jaén 2007.
- Sala y Abad 2006: F. Sala y L. Abad, “Arquitectura monumental y arquitectura doméstica en la Contestania”, *Lucentum* 25, 2006, 23-46.
- Tarradell 1976: M. Tarradell, “Las ciudades romanas en el Este de Hispania”, en: *Symposium de ciudades augusteas*, Zaragoza 1976, 289-313.
- Villalba 1994: P. Villalba y Varneda, “*Ora Marítima*, edición y traducción”, en: J. Mangas y D. Plácido, (eds.), *Avieno, Testimonia Hispaniae Antiqua I*, Madrid 1994.

Manuel Bendala Galán
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: manuel.bendala@uam.es